

misma. Se trata de entrevistas hechas a Ospina en diversas épocas, y de una selección de notas críticas publicadas entre 1949 y 1983. El ejercicio de rescatar el material documental esclarece la problemática del *sujeto* con su *objeto*, pero además, a través de esta investigación el libro ofrece al lector una visión panorámica sobre el circuito artístico colombiano de la época. Muestra los actores, las instituciones y las prácticas involucradas: los críticos del momento, los artistas coetáneos a Ospina con distinción generacional, las instituciones oficiales y salas que favorecían la difusión artística, los eventos de confrontación plástica, las instituciones de formación superior en artes, las publicaciones de prensa general —con filiación política diversa— y las revistas especializadas en las que se registraba y debatía de manera pública el hecho artístico.



La misma sección de *cronología* (págs. 296-343) al cierre del libro, complementa la visión de conjunto antes propiciada. Ella aparece ricamente ilustrada con policromías de fotografías con retratos de Ospina, de su familia, de sus obras tempranas, de su taller, de su producción gráfica para carteles, de bocetos o estudios preliminares de algunas de sus obras y de salas con sus exposiciones individuales cuya relevancia fue significativa en el tránsito hacia la *modernidad* del arte en Colombia. De igual manera, aparecen fotografías de grupos de personas públicas y políticas relacionados con la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, de sus aulas de clase con estudiantes y de material documental de la Escuela de Bellas Artes. Se observan las infaltables portadas de catálogos de salones nacionales y de ex-

posiciones importantes, de artículos de prensa y de lugares de tertulias y socialización frecuentados por Marco Ospina. Tanto estas fotografías, como las imágenes que complementan las diferentes secciones de textos a lo largo del libro, son reseñadas en forma rigurosa y registradas con sus fuentes. Elemento significativo en el todo de la publicación. La pertinencia en el uso de las imágenes y en el rigor de la descripción de fuentes del material visual incluido, aunado a la calidad investigativa del libro, hacen de él, en conclusión, una publicación de valor para la historiografía del arte colombiano. Si acaso se añora algo, sería la falta de un índice onomástico que ya la colección de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño traía en algunas de sus publicaciones anteriores.

MARÍA PAOLA RODRÍGUEZ
PRADA, PHD

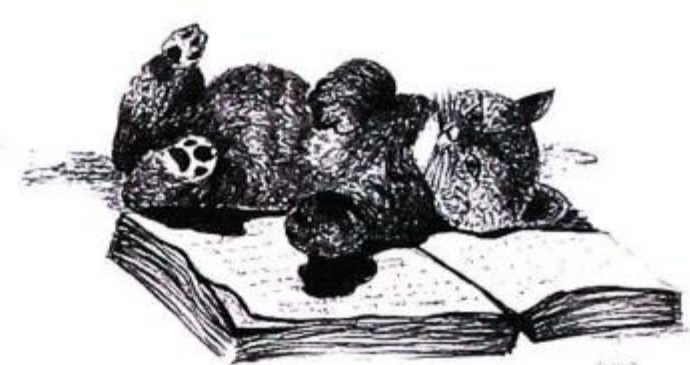
La academia bien escrita

Historias de escritos. Colombia, 1858-1994

Sergio Mejía y Adriana Díaz (comps.)
Universidad de los Andes, Bogotá,
2009, 300 págs.

Historias de escritos. Colombia, 1858-1994 es un libro editado por la Facultad de Ciencias Sociales –CESO, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes en 2009. Y es el primero de una serie, anuncian los editores, “dedicada a estudiar históricamente escritos colombianos significativos”. Así mismo, dicen que el hecho de que los textos presentes conformen este libro —y los venideros—, no indica, necesariamente, que hayan sido considerados excelentes por la crítica especializada, pues varios de ellos no han sido comentados hasta el presente. La intención de esta idea editorial, en todo caso, es bastante en-

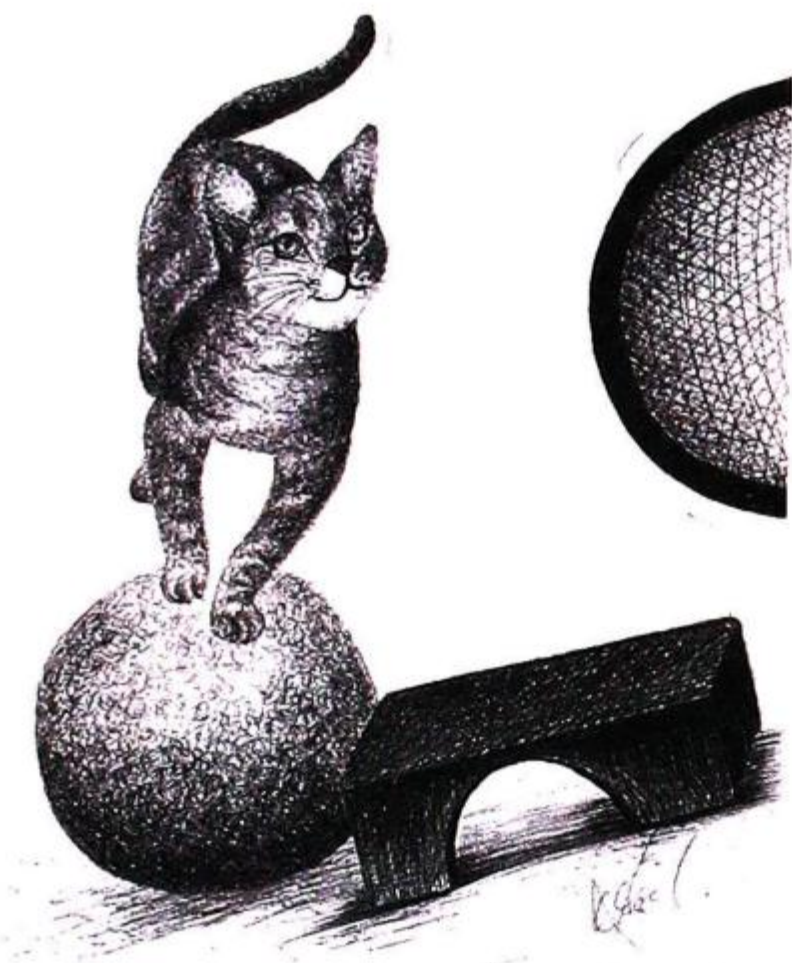
comiable. Se trata de rescatar y de dar a conocer estudios escritos sobre diversos aspectos de la cultura, que contribuyan con elementos inéditos, o casi. “En algunos casos, el estudio de un escrito logrará arrojar luz nueva sobre todo un momento histórico o sobre todo un género de la cultura escrita. Es un hecho que sobre algunos temas se escribe hoy en mayor soledad que sobre otros”, dice también en su presentación Santiago Mejía, compilador del libro al lado de Adriana Díaz.



Historias de escritos no goza de una gracia particular como posible lectura para quien se acerque a él en forma espontánea, en busca de una lectura amena mediante la cual, además, aumente su caudal de conocimientos en un tema determinado. Más bien se trata de un típico libro académico universitario que se sumerge en aspectos de la cultura con una intención claramente académica y con un tratamiento en este mismo sentido, es decir, ciñéndose a unas normas de rigor científico y documental que, como se sabe, a menudo conducen a la densidad y al sopor. No obstante, el interés que suscitan los temas aquí tratados por la importancia en el desarrollo cultural y académico del país, y el tratamiento que han sabido darle sus autores en casi todos los casos, permite que el lector se sobreponga de aquel clima de sopor y logre dar con una lectura, al final, amena e interesada.

Al hilo de lo anterior, es de anotar que cada capítulo de *Historias de escritos* consta de resumen, presentación, desarrollo del tema (con sus respectivos subtítulos), una completa bibliografía y, en ocasiones, un anexo. Aunque en una

reseña no se puede dar cuenta de la totalidad del contenido de un libro extenso y exhaustivo como el presente, enunciaré sus capítulos y me detendré en algunos detalles, tratando con ello de darle al lector una idea cercana acerca de lo que se trata esta singular empresa editorial, anotando con antelación que a cada capítulo lo acompaña una o varias ilustraciones consistentes en fotografías y páginas facsimilares de publicaciones originales.



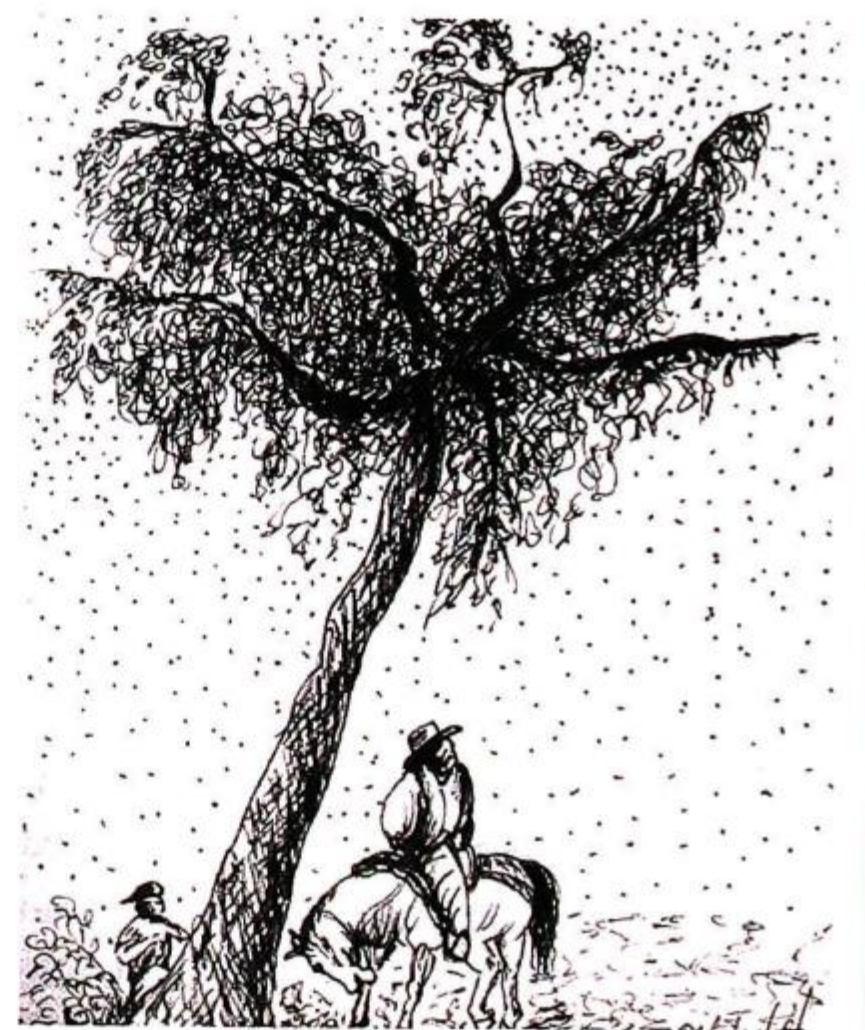
Los capítulos son: “Las *Lecciones de aritmética y álgebra*, de Lino de Pombo”, por Deisy Yanira Camargo Galvis; “La formación de ciudadanos neogranadinos en la obra escrita de Constancio Franco Vargas”, por Luisa Fernanda Rivière Vivescas; “Consejos para ser civilizado - Las recetas de *El Estuche*”, por Adriana Díaz; “Memoria de la infancia en Soledad Acosta, José María Samper, Baldomero Sanín Cano, Eduardo Caballero Calderón y Gonzalo Canal”, por Paula Andrea Ila; “Catálogos de objetos prehispánicos en las exposiciones colombianas de Madrid y Chicago (1892/1893)”, por Alejandra Valverde; “Las palabras están en situación - La revista Mito y sus intelectuales”, por Lina María Martínez Hernández; “Cine e historia - *Confesión a Laura* de Jaime Osorio”, por Juan Camilo Aljuri; “Fernando Vallejo y su vir-

gen - Contra la fe pensar, contra la esperanza escribir y contra la caridad diatribas”, por Sergio Mejía.

El valor innegable de una publicación como la reseñada es que a un lector y, por supuesto, a un investigador en cualquiera de las áreas tratadas, estos textos arrojan luces acerca de cómo empezaron muchas cosas entre nosotros porque el origen de los escritos rescatados por los compiladores es también el origen de un pensamiento sistemático, o por lo menos el punto de arranque de varios asuntos de la cultura académica. “Quizás esta serie sirva para que los colombianos comprendamos y aceptemos que las letras también son nuestras, que también han tenido un lugar en nuestra sociedad”, expresa Sergio Mejía. Yo agregaría que es la escritura, sobre todo, donde las culturas se afianzan porque ella es, de hecho, la reflexión y la sistematización de las ideas y es, por ende, el soporte de una cualificación en marcha. No es en la proliferación indiscriminada de textos, pero sí es en la opción de contar con una importante producción de escritos y de publicaciones donde se mide, en parte, el avance de una cultura, la mayor opción de entrar a verdaderos procesos de civilización y de democracia. Tal vez un ejemplo claro de lo anterior es el caso tratado en este libro acerca de “La formación de ciudadanos neogranadinos en la obra escrita de Constancio Franco Vargas”, artículo en el cual se pone de relieve la labor desarrollada por el educador y escritor Franco Vargas, quien en el siglo XIX impulsó la educación sobre la base del aprendizaje de la historia patria y la instrucción de la pedagogía cívica mediante la publicación masiva de obras escritas (*Compendio de la historia de la revolución de Colombia* [1881], *Nociones de moral para el uso de las escuelas primarias* [1883], *Leyendas históricas* [1887], entre otras) que, de otra manera, eran casi inalcanzables y de uso solo de una pequeña clase privilegiada. Su aporte invaluable apuntó a considerar la educación como la base de una sociedad justa y avanzada y la historia como maestra de ciudada-

nos. Una historia, es cierto, con el dudoso sello de la rectitud moral y los “valores patrios” que, de manera paulatina, las ideas liberales de nuevas sociedades civiles se han encargado de escrutar y de poner en términos de también nuevos conceptos y de necesarias críticas. Pero una firme convicción “de que la educación no es únicamente un derecho, sino también un deber de quienes viven en la república”.

Otro botón de muestra de la pertinencia del libro en cuestión es el artículo escrito por Adriana Díaz acerca de “Consejos para ser civilizado - Las recetas de *El Estuche*”, una compilación de consejos de economía doméstica publicada por entregas entre 1879 y 1908 en Bogotá por Jerónimo Argáez bajo el seudónimo de John Truth. El *Estuche* recopiló, en cinco tomos, 6.041 entradas de conocimientos útiles aplicados a la vida práctica. Economía doméstica, consejos generales y recetas de cocina, guías para el buen gobierno del hogar, manuales de urbanidad y buen tono, secretos útiles para ser civilizados, todo ello compilado por su autor y tomado de “innumerables libros”, periódicos y revistas y autores de diferentes procedencias nacionales y extranjeras.



“Esta obra y otras más —afirma la autora del artículo— conforman una literatura de civilidad que hace énfasis en diferentes aspectos de la

esfera privada, tema que ha sido poco estudiado entre nosotros". El anexo que incluye este artículo se titula: "Consejo 6.292 de *El Estuche*: 'La cocaína - Su preparación'; tomo 5, pp. 250-251", y trata acerca de las bondades del alcaloide que "cuando es genuino y químicamente puro, tiene el poder de producir anestesia local, no solo en las membranas mucosas, sino también en la epidermis y a alguna profundidad de ella". Y llama la atención sobre el interés general que existe alrededor del anestésico, así como que ningún médico de ideas progresistas se priva de servirse de sus efectos maravillosos.

tivos interesados en aspectos importantes de nuestra formación cultural, dado que estos ensayos, en su mayoría, tienen picos altos de interés y amenidad que los hace dignos de un lugar privilegiado en el mundo académico. Pero también en ámbitos del conocimiento científico, social y artístico.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Picoteo sí, pero...

Breviario arbitrario de literatura colombiana

Juan Gustavo Cobo Borda
Taurus, Bogotá, 2011, 242 págs.

Selección cronológica de cincuenta y una reseñas críticas, a modo de ensayo, entre los centenares con que Cobo Borda ha enriquecido el análisis literario. De ellas, cincuenta se refieren a obras y autores en prosa, y una a la revista Mito. Pese a que no se da noticia de la fecha inicial de publicación, su vigencia se manifiesta por los elementos conceptuales que le dan profundidad y permanencia, el rigor en la argumentación y la firma del autor.

Aunque impropio resulta reseñar reseñas, se trata de un libro de reseñas, el cual debe ser reseñado en una revista de reseñas, a fin de dar noticia del mismo, como es el objeto de las reseñas. Y debe exponerse su contenido, que es lo que hacen las reseñas.

En concordancia con su motivación, todos los ensayos son ejemplo de acierto selectivo, de juicio crítico, de síntesis analítica y de estilo expositivo.

Sus principales escritores y artistas y científicos constituyen la Colombia digna de ser considerada como patria, porque representan el noble uso de la inteligencia contra la degradación que en todos los órdenes ha venido a dominar por la fuerza bruta de la sinrazón la vida de los colombianos.

Se inicia el volumen con *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle (1566-1638?), libro que circuló en manuscritos durante ¡221! años. Su primera edición data de 1859. El autor lo señala como el abuelo indudable e inolvidable de la literatura colombiana (seis páginas).

Continúa con Jorge Isaacs (1837-1895) y su novela *María*: no hay otro libro colombiano con tan copiosa bibliografía. El mismo García Márquez, adaptándolo para la televisión en nuestros días, no ha trepidado en considerarlo como "un texto sagrado", dice. (seis y media páginas).

Nadaísmo contra romanticismo fue el lema de gonzaloarango, en oposición a los "textos sagrados". Con el tiempo, los valores del pasado se sacralizan cuando se comprenden. Le pasará a Cobo Borda. Por laborioso.

Sigue con don Rufino José Cuervo (1844-1911). "Fernando Vallejo —anota—, en marzo del 2007, en el núm. 76 de la revista *El Malpensante*, publicó su conferencia en la cual canoniza a Rufino José Cuervo como santo colombiano que no conoció el rencor ni la envidia, no tuvo puestos públicos y amó como un iluso el idioma español". Fue "el encargado de volver a enseñar a la antigua madre patria la historia de su lengua" (dos páginas).



Puesto que la reseña debe sintetizar el concepto del ensayista sobre los autores tratados, resulta indispensable ilustrar con breves citas el comentario. Que sea la propia voz del autor del libro la que atraiga al lector por su erudición, el acierto de sus apreciaciones y su visión global del tema, así como la convincente argu-



Subrayo la inclusión de este apéndice porque me parece una gran ironía si comparamos con el momento actual, y para evidenciar cómo han cambiado los tiempos. Lo que hace cien años fue un artículo de divulgación científica en procura de una mejor cultura en la vida ciudadana y de salubridad pública, hoy sería poco menos que un acto narcoterrorista digno de severos juicios y condenas en nuestro régimen paranoico.

A pesar, pues, de lo dicho al principio de esta reseña respecto al carácter de los textos académicos en general, debo también afirmar, en este punto final, que *Historias de escritos* es altamente recomendable para espíritus curiosos e investiga-